

EMILY DELEVIGNE

TU
RECUERDO
EN MI PIEL



Dos almas solitarias destinadas a encontrarse.

Emilia Vera pasa la mayor parte de sus días trabajando en un restaurante de Sevilla, donde se refugia de la fría relación que mantiene con sus padres, a quienes no ve desde hace meses. Sin embargo, cuando uno de esos días decide asistir a una exhibición de arte, nunca se imaginó que allí conocería a un solitario y atractivo pianista, y aún menos que compartirían una noche llena de pasión.

Las miradas y las caricias del atractivo desconocido provocarán en Emilia una serie de reacciones que le harán cuestionarse la fría realidad en la que vive, preguntándose si volverá a verlo a él... Aunque sea solo una sola noche más.

Índice de contenido

Cubierta

Tu recuerdo en mi piel

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Epílogo

Sobre la autora

*Para Eva M. Soler,
mi hermana mayor en este mundo literario.*

Capítulo 1

Coria del Río, Sevilla
Octubre

Emilia contempló una de las pinturas que el Museo Nacional de Tokio había cedido a España, en concreto a Coria del Río, durante la semana cultural japonesa. En los cuatro días que llevaba, había asistido a todas las conferencias, excursiones y otras actividades que la habían ayudado a entender mejor la cultura nipona, alejándola de la rutina y el estrés.

Diferentes talleres como caligrafía, *origami* o papiroflexia y un taller de cartas japonesas que según había aprendido se llamaba *hanafuda*, la habían arrastrado a una vorágine de diversión y conocimiento que, sin lugar a dudas, convertiría aquella experiencia en uno de los recuerdos que Emilia atesoraría con mayor cariño. Quizá, pensó, también se debiese a que iba completamente sola. Ninguna de sus compañeras había sentido el menor interés por acompañarla, cosa que en ese momento agradecía. Nunca había disfrutado tanto de la soledad.

Moviéndose a lo largo del recinto que el ayuntamiento había creado para la exposición, Emilia se centró en la foto de un grupo de samuráis. Estudió detenidamente las ropas que llevaban, desde los pantalones anchos con pliegues hasta el par de espadas, una de ellas más larga. Enfocándose en los rostros masculinos, contempló la seriedad que expresaban, con aquellos portes regios y firmes. «No parecen

tan diferentes a los samuráis que Hollywood muestra en las películas», pensó con una sonrisa.

Emilia se percató de que había un pequeño cartel que explicaba la foto y cuándo se había tomado. Inclínándose, lo leyó con rapidez antes de volver a su posición, cruzando por su cabeza la pregunta de si quedaría mucho antes de disfrutar de la visita guiada por Coria que explicaría la misión diplomática de Hasekura Tsunenaga a España.

Cambiándose el bolso al otro hombro, Emilia cogió aire y lo dejó escapar en un suave suspiro, ajena al par de ojos oscuros que la observaban.

Una suave melodía japonesa recorría el pequeño pasillo y a pesar de no haber muchos espectadores, ella disfrutó de la intimidad del momento, de poder contemplar la belleza de todas las piezas sin la presión de otros queriendo ver lo mismo que ella. Nada de empujones, olores desagradables o sonidos constantes que le impidiesen regocijarse en su soledad y en el momento presente.

De repente, una delgada y alta figura se colocó a su lado, a una distancia prudencial. Hasta Emilia llegó un fresco olor a jabón de almendras y bosque, haciéndola inspirar y girar la cabeza hacia la persona dueña de tal aroma.

—Esta es una de mis fotos favoritas —dijo el hombre con un marcado acento en una voz aterciopelada—. Nunca me canso de mirarla.

Emilia tragó saliva mientras contemplaba al hombre que acababa de hablar con ella. Alto y de complexión atlética, llevaba puesto un traje negro y una camisa blanca muy bien planchada, sin tan siquiera una sola arruga. Sin embargo, no fue su impoluto aspecto lo que atrajo su atención. Lo que más la cautivó fue el exquisito rostro que tenía, como si hubiese sido tallado por unas expertas y habilidosas manos. Unos rasgados y enigmáticos ojos oscuros escudriñaban la foto de los samuráis, seguidos por una nariz recta y unos carnosos labios masculinos.

Cuando giró el rostro hacia ella, él esbozó una educada sonrisa no exenta de sensualidad.

—¿Disfrutas de la semana cultural japonesa?

—Sí, lo hago —admitió ella, bajando la vista. Se sentía incapaz de aguantar su escrutinio por más tiempo, le intimidaba el brillo que poseía—. Tenía... cierto reparo en venir sola, pero creo que ha sido una de las mejores decisiones que he tomado —terminó diciendo Emilia con una sonrisa.

—El ayuntamiento de Coria ha hecho un magnífico trabajo —dijo él con voz pausada, sin retirar la mirada.

—En eso coincidimos. Y creo que es la primera vez que el Museo Nacional de Tokio ha cedido algunas piezas de arte por estos siete días. —Emilia alzó la mirada en dirección al hombre, arrebatándole el aliento cuando él curvó las comisuras de los labios hacia arriba—. ¿Eres uno de los invitados especiales?

—Se podría decir que sí —musitó él, ocultando una sonrisa.

Con las manos detrás de la espalda, el desconocido que había iniciado la conversación permanecía tranquilo y apacible, ajeno a los acelerados latidos del corazón de Emilia. No debería de estar tan nerviosa, no cuando no era la primera vez que un hombre guapo se acercaba a ella. «¡Pero qué hombre...!», pensó mordiéndose el labio inferior y mirándolo de reojo mientras fingía que se enfocaba en la foto. Seguramente, para él no era más que una visitante que disfrutaba del contraste de cultura entre España y Japón; y hasta cierto punto era verdad.

—¿Y qué piensas de esta?

Emilia abrió los ojos y parpadeó varias veces, volviendo a la realidad y saliendo de sus pensamientos. El hombre se había movido un par de metros y observaba otra foto. Ella tomó su pregunta como una invitación para ir hasta él y observar la que le indicaba. Una vez más, su delicioso aroma impactó en su rostro, arrancándole un suspiro.

—¿Es una mujer samurái? —preguntó sorprendida, mirando la mujer que mostraba la fotografía sin color.

—Es una *onna-bugeisha*, sí, efectivamente es una mujer samurái. Se trata de Nakano Takeko.

—¿Y qué...?

De repente, una joven mujer japonesa de estatura mediana y delgada la interrumpió, haciendo un pequeño saludo que Emilia supuso que iba dirigido más hacia él que hacia ella. El hombre la escuchó con atención, permaneciendo impassible antes de asentir.

Luego miró a Emilia e inclinó la cabeza en un sutil saludo.

—Ha sido un placer conversar contigo. Disfruta del día.

—Gracias, igualmente —dijo ella con rapidez, observándolo marchar junto a la mujer.

Mirando su ancha espalda, todo lo que Emilia pudo pensar fue en qué hacía un hombre tan arrebatador y elegante en Coria del Río. Le había admitido ser un invitado especial, por lo que supuso que se lo volvería a encontrar a lo largo del día. ¿Daría una conferencia? ¿Sería uno de los cocineros que impartían talleres sobre comida japonesa? ¿O quizá se trataba de un profesor de la Universidad de Tokio?

Encogiéndose de hombros, Emilia terminó de ver el resto de las fotografías y objetos pertenecientes al periodo Edo y a la Restauración Meiji. Se leyó todos y cada uno de los carteles antes de dirigirse al lugar donde comenzaría la visita guiada. Sorprendida, vio que más visitantes habían llegado a Coria del Río, taponando las calles y provocando que el acceso fuera más difícil para ella.

Cuando por fin pudo llegar al ayuntamiento, donde aguardaba el guía, Emilia saludó a todos los presentes antes de coger su móvil y silenciarlo. No pensaba dejar que ni su trabajo ni otras obligaciones estropearan la visita que durante tanto tiempo había esperado. Apagándolo, volvió a guardarlo en el bolso, olvidándolo por el resto del día.



A la hora del almuerzo, Emilia compró en uno de los puestos un *onigiri*, *ramen*, *dorayaki* y dos pequeños vasos de sake. Tras echarle un vistazo al guapo cocinero, un hombre japonés que vivía en Málaga y que llevaba el pelo decolorado, se fue con la comida al parque donde estaba el monumento de Hasekura Tsunenaga. Ocupando el único banco libre cercano, tenía justo enfrente el monumento y el río Guadalquivir.

A diferencia del resto de visitantes que comían juntos o en grupos, ella permaneció apartada, con un libro esperándole dentro del bolso para pasar el tiempo hasta la próxima actividad. Una vez más, su timidez le había impedido establecer amistad con alguno de los grupos, volviendo a salir a la luz ese carácter que su madre decía que había heredado de su padre.

Mientras comía, observó el cielo nublado, arrastrando suaves corrientes de aire que golpeaban la orilla del río. A pesar de vivir a no más de quince minutos del pueblo, Emilia se preguntó por qué no había ido antes. Tras terminar la excursión, había entrado en una de las tiendas para comprarse un bolso y otros complementos, con una melodía japonesa siguiéndola a todas partes y los farolillos de papel decorando las calles principales. Alguna que otra vez, había sentido la mirada del atractivo cocinero siguiéndola allá a donde iba... pero lo que a ella le interesaba eran un par de ojos oscuros más sensuales. Más felinos.

Terminándose los últimos restos de la comida, no fue hasta que Emilia sacó el libro de su bolso que una sombra se cernió sobre ella, tapándole los escasos rayos del sol. Al alzar la vista, sus ojos se abrieron de par en par. Era el mismo hombre que se le había acercado en la exposición.

—Vaya, hola —dijo Emilia con rapidez, incapaz de ocultar su sorpresa.

Justo cuando él pensaba contestarle, un grupo de japoneses trajeados cruzaron por enfrente de ellos. Se pararon a decirle algo en japonés, a lo que él respondió antes de que el grupo siguiese su camino, con la penetrante y poca amistosa mirada de la joven que ya anteriormente los había interrumpido.

—¿Puedo sentarme? —preguntó él, señalando el banco donde estaba sentada.

—Por supuesto.

Emilia recogió y guardó sus pertenencias en el bolso para hacer mayor espacio, queriendo controlar el temblor de sus manos. Él ocupó el asiento de al lado, musitando un «gracias». Cerrando los ojos durante unos segundos, volvió a captar su olor fresco y masculino, y se preguntó por qué le afectaba su cercanía. Era un hombre muy guapo y atractivo; pero no era la primera vez que ella estaba en presencia de uno.

—¿Has disfrutado de la visita?

—¿Cómo sabes que he ido?

—Te vi esperando en el ayuntamiento —dijo él, ocultando el inicio de una escueta sonrisa.

—Yo no te he visto a ti —musitó ella, entrecerrando los ojos e intentando recordar todos los detalles. No, estaba segura de no haberlo visto.

—Hablabas con el alcalde de Coria —le explicó, apoyando la espalda en el respaldo del banco y descansando las manos en las rodillas.

—Vale, de acuerdo, lo admito. Tienes toda mi atención. —Emilia esbozó una sonrisa, cruzándose de brazos y girándose para mirarlo de frente—. ¿Quién eres y qué haces aquí? Siempre estás rodeado por ese grupo trajeado o en compañía del alcalde.

Él esbozó una sonrisa torcida que Emilia encontró arrebatadoramente atractiva.

—¿Grupo trajeado?

—Bueno, se os ve muy formales. Lo que hace que me pregunte si no debería tratarte de «usted».

Una inesperada carcajada brotó del pecho masculino, haciéndolo parecer mucho más joven y cercano, alejado de esa aura de poder y formalidad que lo seguía como una segunda sombra.

—No, puedes tutearme. Creo que no somos tan diferentes de edad. ¿No vives en Coria?

—No, pero vivo en un pueblo a apenas quince dependiendo del tráfico.

—Y has venido sola.

—Sí, exactamente. Tampoco es que me haya desplazado muy lejos... —Emilia se encogió de hombros, observando el color negro de su cabello corto y las densas pestañas oscuras que rodeaban sus bellos ojos rasgados.

—¿Piensas venir mañana? Tengo entendido que va a haber un concierto de piano.

—Sí, de hecho ya tengo la entrada gratuita que daba una de las organizadoras del concierto. Estaban agotadas y ella me consiguió una. —Emilia sacó con felicidad una pequeña entrada de su cartera, mostrándosela. Él pareció alegrarse.

—Bien, allí estaré yo también.

El hombre se levantó con rapidez y elegancia, sacudiéndose las manos en el oscuro pantalón. Luego se giró hacia ella e inclinó un poco la cabeza.

—Si me disculpas, tengo que volver con mi grupo «trajeado». —Emilia se mordió el labio inferior para aguantar una risa. Él prosiguió de buen humor—. Hasta pronto, entonces.

—Sí, claro. Hasta luego —dijo ella, imitando su gesto.

Lo vio marchar en la misma dirección que el resto del grupo, alejándose del parque y yendo hasta una plaza donde comenzaban las calles atestadas de invitados y otros turistas comiendo en restaurantes o puestos.

Era bastante alto y su atlético cuerpo delgado lo hacía destacar entre la multitud, arrancando alguna que otra seductora mirada a mujeres que almorzaban en los alrededores. Y no las culpaba. No, por supuesto que no. Ella misma lo estaba devorando con la mirada hasta que él tomó una calle y desapareció.

Unos segundos más tarde, cayó en la cuenta de que no sabía su nombre. Ni él el de ella. «No te hagas ilusiones, Emilia. No se ha acercado porque le gustes. Solo te ha visto sola», se dijo a sí misma, ruborizándose.

A lo largo de la tarde, Emilia disfrutó de un pequeño teatro que se iba desarrollando a lo largo de las principales calles de Coria del Río, hasta finalizar en el parque donde había almorzado.

Volvió a hablar con una de las organizadoras que unos días atrás le había regalado una entrada gratuita para el concierto. Al parecer, tenía treinta y cinco años y se llamaba Rosa. Le contó cómo fue la primera vez que celebraron aquella semana cultural y lo mucho que había crecido a lo largo de los años, atrayendo a más y más visitantes. Además, le presentó al dueño de una fábrica sevillana que había comenzado a crear una línea de sake para comercialarla en España.

Cuando anocheció, todos dieron el día por concluido y Emilia regresó a la calle donde había dejado su coche. Recordó lo mucho que le había costado encontrar un aparcamiento, dando vueltas y vueltas hasta tener la suerte de ver un sitio pequeño pero suficiente para el tamaño de su vehículo de cinco plazas.

Encendiendo la radio, Emilia esbozó una sonrisa. A lo largo de la tarde, no había vuelto a ver al atractivo hombre que se le había acercado en la exposición y en el parque. Incapaz de remediarlo, lo había estado buscando con la mirada entre las diferentes caras de las personas que habían asistido, no encontrando ninguna que poseyera unos enigmáticos y rasgados ojos oscuros.

Al regresar a su pequeño aunque cómodo piso, lo primero que hizo fue encender la televisión para romper el silencio, y abrir las grandes ventanas del salón. Una primera corriente de aire frío impactó en su rostro, borrando el calor que había sentido al conducir desde Coria hasta su hogar. Como si de una adolescente se tratara, había estado recordando una y otra vez el encuentro con el atractivo desconocido, desde su aterciopelada aunque ronca voz, hasta la oscura mirada que poseía...

Sacudiendo la cabeza, se duchó y terminó por hacerse algo rápido para cenar. Justo cuando terminaba de alinear la ensalada, su teléfono comenzó a sonar. Dejando el tenedor sobre el plato, se dirigió hacia su cuarto para coger el móvil. Al ver el nombre que figuraba en la pantalla, sonrió.

—Has tardado poco en llamarme, ¿acaso no puedes vivir sin mí?

—Muy graciosa, pero no. Al final decidiste ir hoy también a Coria, y sola, así que solo quería asegurarme de que habías llegado a casa —le dijo María—. En mi defensa diré que me preocupaba la posibilidad de que te encontraras algún tío peligroso.

Emilia puso el «manos libres» y dejó el móvil sobre la encimera, terminando de hacer la cena. María era la única compañera de trabajo que consideraba una amiga de verdad. Ambas habían comenzado a trabajar en el restaurante El Naranja hacía justo dos años, y en tan solo uno el dueño había decidido hacerles un contrato indefinido. Emilia había supuesto que su dominio del inglés y una amplia experiencia como camarera en el bar de sus tíos, había sido suficiente para terminar de convencer a Jacobo, su jefe, de que la hiciera indefinida. Lo mismo había pasado con María, aunque ella era más de francés.

—Me lo he pasado bastante bien —dijo ella esbozando una sonrisa de forma inconsciente—. Hoy he vuelto a degustar la comida japonesa, he visto una exhibición y un teatro que...

—Oh, oh...

—¿Qué pasa? ¿Cómo que «oh, oh»?

—Estás sonriendo.

—¿Cómo? —Emilia parpadeó, confundida mientras dejaba el plato a un lado tras haberle echado queso.

—Que estás sonriendo. Y eso quiere decir que algo ha pasado.

—Define algo —dijo Emilia, aguantando la risa e imaginándose a su amiga con los ojos entrecerrados y golpeándose la barbilla con el dedo índice. Gesto que hacía siempre que reflexionaba sobre cualquier tema.

—Te lo diré en una sola palabra: hombre. ¡Y ni se te ocurra mentirme!

—Te equivocas. He venido completamente sola y con el mismo número de contactos en la agenda del móvil. Así que no. No he ligado.

—Vaya... pensaba que mi intuición funcionaba —murmuró María en voz baja para sí misma.

Emilia decidió cambiar de tema con rapidez, aclarándose la garganta.

—Por cierto, ¿no sales hoy con Gustavo?

—No lo creo, le han llamado para una emergencia. Ya sabes, una tubería rota. Y ahí está él, haciendo turnos extras sin que le paguen lo que le deben. Es demasiado bueno —dijo su María con voz hastiada.

—Al menos te tiene a ti.

—Sí, yo soy la que le hace plantar cara al caradura de su jefe. Por cierto, ¿vuelves mañana sábado a Coria?

—Sí. Hay un concierto de piano por la noche. A las nueve, si no me equivoco. ¿Te apuntas?

—Lo siento, Emilia... vas a odiarme... pero prefiero ver el derbi y luego echar un polvo con Gustavo, que ponerme a escuchar música clásica o lo que quiera que sea.

Emilia soltó una fuerte carcajada que fue seguida por otra de su amiga. Sentándose en el salón y contemplando

las bellas vistas desde su ventana, se metió el primer trozo de ensalada en la boca.

—Eres una pésima amiga.

—Bueno, cielo, estarás de acuerdo conmigo cuando encuentres a un hombre como Gustavo. Porque mejores no los hay. —María tosió antes de continuar. Un ruido se escuchó al otro lado del móvil—. Mi suegra viene a cenar. Creo que ha llegado. Y Gustavo trabajando. Esto es el colmo.

—Luego le pides que te recompense.

—Por supuesto, hasta él admite que tiene una madre peculiar. Mañana hablamos y me cuentas qué tal ese concierto, ¿no?

—Claro. En cuanto llegue a casa te escribo.

—¡Disfruta de tus días libres mientras puedas! Jacobo es un grano en el culo. ¡Está todo el día quejándose!

Finalizando la llamada, Emilia negó con la cabeza varias veces. Justo cuando ella regresara de aquellos días que se había tomado, María notaría una bajada en el volumen de trabajo. Había más camareros contratados en el restaurante, pero la mayoría eran novatos que requerían de una mano experta que los orientase.

Y Jacobo con su escasa paciencia no lo era. Y tampoco lo sería María durante mucho tiempo más.

Cansada después del día que había pasado en Coria y de las emociones vividas, Emilia se terminó la ensalada y decidió sacar una camisa blanca y unos vaqueros para mañana, colocando las prendas en una silla de madera que tenía en la habitación.

Más tarde, se tumbó en el sofá para ver una película que la relajara hasta que sus párpados le pesaran lo suficiente como para irse a la cama. Apenas necesitó quince minutos antes de rendirse al cansancio y arrojarle a los brazos de Morfeo. Lo último que escuchó fue el sonido sordo del mando del televisor al caer de su mano a la alfombra.